



LA FELICIDAD DEL TRISTE

ILUSTRACIÓN ANA MARÍA CADAVID

I

HÉCTOR
ABAD
FACIOLINCE

Yo era muy joven y no me había dado cuenta de que la vida no podía darme más felicidad. Tampoco sabía ni podía saber que era imposible *sentir* más felicidad. Era feliz, sí, hasta donde es posible ser feliz. Lo que pasa es que esa felicidad me parecía insuficiente. Poca cosa. Tal vez nos educaron mal; quizá nos hicieron esperar demasiado. En vez de decirnos: trata de estar satisfecho con lo bueno que tienes, nos dijeron: busca siempre la felicidad. Y nosotros confundimos la felicidad con algo que no existe ni puede existir a toda hora: la plenitud. Es posible que ni siquiera sea culpa de la educación, sino de una profunda manera de ser con la que venimos al mundo: buscamos siempre algo más y nada nos basta para estar contentos. Les pasa a los que se ganan el gordo de la lotería: dos años después están tan infelices, o más, que antes de llevarse el premio. Tarde nos damos cuenta de que la vida no es ni puede ser perfecta, plena en todo momento y que tampoco puede dar más de lo que da. Eso que yo tenía era lo máximo que de la vida se podía sacar, pero yo era incapaz de no buscar algo más.

La vida sosegada y agradable que llevaba me resultaba sosa y aburrida. Sí, puedo decir que me aburría la felicidad (o eso que yo no sabía que era la felicidad) y que incluso cuando uno encuentra en la vida un equilibrio ideal, tampoco está contento. Ningún paisaje es suficientemente bello, ningún país suficientemente justo y organizado, ninguna sociedad tan perfecta como la que queremos, ninguna mujer es tan hermosa como el sueño, ningún niño tan sano y formal como el niño ideal. Quería buscar, en la aventura, en la inestabilidad, en el peligro y en la incertidumbre, algo más grande, algo mucho mejor y más completo que la felicidad. Algo que no existía, pero que si no hubiera buscado con ilusión, con

desesperación, tampoco habría podido comprobar que no existía. Estamos obligados a creer en la ilusión de la plenitud, y estamos condenados a perseguirla siempre, insatisfechos con el simple contento de la vida. Nunca he sabido conformarme con lo bueno que tenía. Ni siquiera ahora, cuando sé que ya nunca habrá nada mejor que lo que tuve y lo que tengo; mucho menos entonces cuando, creía yo, tenía toda la vida por delante y en el futuro me esperaban cosas maravillosas. No es así. En el futuro está siempre esa nube negra, ese callejón sin salida de toda vida: la muerte. La propia es la menos grave; lo grave es la muerte de los que son nuestra felicidad, sin que nosotros sepamos que ellos son nuestra felicidad. Cae la lluvia de la nube negra y la felicidad, la verdadera, la que no veíamos, la invisible, desaparece para siempre.

La casa, la vida y la felicidad éramos nosotros cuatro: mi mujer, los dos niños y yo. No nos dábamos cuenta de que nunca más volveríamos a ser tan jóvenes, tan bellos y tan sanos. Sin ser ricos, lo teníamos todo. Sin embargo mi vida consistía en bostezar y añorar cosas distintas. Los niños, Pedro y Miguel, eran alegres, inteligentes y bonitos. A mí me parecían flacos, menos brillantes que los niños prodigio y menos lindos que los niños de la publicidad. María, mi mujer, estaba siempre tranquila y tenía una sonrisa angelical, como de virgen recién parida en los cuadros florentinos. No peleábamos nunca; ni siquiera teníamos discusiones graves. Esa sonrisa fija de pintura toscana, esa paz silenciosa, después de nueve años, me empezaba a fastidiar, y peor aún, a ratos me daba ira, una ira sorda, callada, vengativa.

Teníamos una empleada del servicio, del Chocó, que nos ayudaba con los trabajos de la casa, Rosalinda. Ella cantaba, feliz de tener trabajo, sin añoranzas ni resentimientos, aunque nosotros la explotáramos con el salario mínimo. Los niños hacían bulla, jugaban y crecían, se la pasaban haciendo preguntas sorprendentes y observaciones sabias de cerebros vacíos de prejuicios. Migue una vez se duchaba desnudo con su madre y se quedó mirándole largamente los senos. Después le preguntó: “Ma, ¿las mujeres tienen dos corazones?”. Parecían felices. María tenía un trabajo que le gustaba mucho. Tal vez el único insatisfecho era yo.

Tenía, además, el pretexto perfecto para declararme desgraciado: trataba de escribir y no escribía. Me encerraba y decía que estaba escribiendo, que por favor hicieran silencio, que no me interrumpieran, que no me pasaran a nadie al teléfono, ni aunque fuera el Presidente de la República, o el mismísimo Papa de Roma, pero no escribía. En una especie de ritual supersticioso cogía el libro de algún poeta de los grandes y me decía por dentro: empezaré mi novela con la primera palabra que señale, con los ojos cerrados, abriendo una página al azar: abría el libro (Pessoa) y mi dedo índice señalaba un espacio en blanco. Sentía que era un mensaje del más allá: no debería escribir nada. Después llamaba a mamá y me la pasaban, aunque no fuera el Papa: le debía plata, pero ese mes, y el otro, y el otro, no había con qué pagarle. Claro que mi mamá no llamaba a cobrarme; no necesitaba esa plata, ni me habría reclamado nunca. Llamaba a saludar, a saber cómo estábamos, pero mientras hablábamos de flores o de postres, de recetas de plátanos o de papas chorreadas, yo pensaba en la deuda que tenía con ella, me subía un mal humor por la boca del estómago, y no me

podía concentrar en lo que me iba diciendo. No era una vida difícil, era una vida normal, tranquila, que mi pensamiento inquieto trataba de arruinar. Le contestaba de mala manera a mi mamá, porque pensaba que había llamado a cobrarme la plata que yo no tenía. Ella, inocente, me decía: “Otro día te llamo, que estás de muy mal genio”.

La casa donde vivíamos era propia, aunque tenía una hipoteca de esas que se pagan, despacio, en veinte años de pequeñas angustias que no nos deberían angustiar. Ahí vivíamos los cuatro. Era una casita de puertas verdes y paredes amarillas, por el barrio Laureles. Ya la tumbaron. Acabo de contar con los dedos de la mano: María, los dos niños y yo. Cuatro. No estoy contando a Rosalinda. Debo decir entonces que los cinco vivíamos en una casa por Laureles y que Laureles, en Medellín, quiere decir clase media o poco más. La ciudad está dividida en seis estratos que parecen castas, del uno al seis. El uno es el más pobre y el seis el más rico. Laureles es de estratos cuatro y cinco, y a veces tres, cuando las casas son muy viejas y desvencijadas, a veces seis, si son muy lujosas. La casa amarilla de puertas y ventanas verdes era de estrato cuatro. No tenía goteras, el agua era limpia, tenía buena luz, era seca, fresca y aseada, había agua caliente; estaba recién pintada.

Vista con los ojos de la memoria no he tenido jamás una casa tan bonita, tan cómoda y, sobre todo, donde me sintiera más lo que yo soy. He tenido casas mejores y peores, pero la que se acomodaba a lo que creo que soy era esa casita amarilla, por Laureles. Tres habitaciones, biblioteca, comedor, sala y cocina, cuarto del servicio, un solar atrás y un brevo en la mitad del solar. Eso, en Medellín y a finales del siglo veinte, era clase media, o clase media alta, si mucho. No tenía piscina, no tenía ningún lujo; era fresca, luminosa, decente, nada más. O pequeño burguesa, si quieren una definición más sociológica. Y eso era lo que yo más detestaba en esta vida: ser un pequeño burgués. Ser un pequeño burgués feliz, que era para mí el sinónimo perfecto del tedio y la infelicidad. Por esos meses yo escribía un larguísimo ensayo sobre el tedio, lleno de citas fatuas.

Ahora diré lo que hacíamos, que también es importante: María enseñaba música en un colegio privado para niños especiales (“les enseña a cantar a los bobos”, se burlaba un amigo) y yo repartía mi tiempo entre una librería de libros de segunda mano, El Carnero, y la edición de una revista, *CArteL*, Ciencia, Arte y Literatura. Los niños estaban en un colegio de primaria, método Montessori, alternativo, con énfasis en música y en arte. Rosalinda era la empleada doméstica interna. Interna quiere decir que dormía en la casa y trabajaba de sol a sol para hacernos la vida fácil: lavaba la ropa y a veces la planchaba; barría y trapeaba, cocinaba, limpiaba las ventanas, cuidaba a los niños cuando nosotros no estábamos... María había estudiado canto en Turín y yo lenguas modernas y literatura. Cinco años en el Piamonte nos habían dado ese aire un poco esnob e insoportable de quienes vuelven al trópico con la idea de que Europa es mejor. Comíamos mucha pasta y muy pocos frisoles; el vino nos parecía mejor que el ron. Equivocadamente pensábamos que Manzoni era mejor que Carrasquilla y Ugo Foscolo superior a De Greiff. Teníamos poco más de treinta años y los niños casi cinco y casi tres. Llevábamos nueve

años viviendo juntos y aunque la vida en común no tenía peleas ni asperezas muy graves, la larga convivencia se hacía sentir. Los años desgastan, ya se sabe. Había más sobreentendidos que palabras.

De cuando en cuando, seis o siete veces al mes, María y yo nos acostábamos todavía, con la luz apagada (yo pensando en otras), y a duras penas nos quitábamos la pijama debajo de las sábanas. Eran coitos rápidos, tan apasionados como una inseminación artificial, en los que parecíamos tan solo estar cumpliendo con una necesidad fisiológica, como cuando en la cárcel o en los noviciados el preso o el novicio se tragan la misma sopa aguada de cada mediodía, con menos apetito que resignación, un plato de alimento, pero no de contento y menos de placer. Para no volver a quedar embarazada, María se había hecho poner una T. Lo habitual, lo normal.

María, fuera de su silencio y apatía, no tenía defectos llamativos. O su único defecto era la perfección. Era bonita, alta, de senos generosos, tenía un pelo negro ensortijado que doce años antes me hacía delirar, y unos dientes perfectos que le daban cierto brillo de alegría a su sonrisa triste. Vivía en la serena satisfacción de quienes nada ambicionan, sin la menor aspiración por cosas, prestigio, conocimiento o plata y si uno preguntaba cómo estaba, ella siempre sonreía y decía “estoy bien, estoy muy bien”. Tenía un carácter dulce y sosegado, una manera lenta pero precisa de hacer todas las cosas, y era capaz de combinar sin angustias su trabajo en el colegio de los niños anormales, las labores domésticas, y la crianza de los hijos, que no eran niños necios sino más bien formales, obedientes, que ya no se mojaban en la cama por la noche y de lunes a viernes pasaban la mañana en el colegio de las canciones y las obras de teatro.

Casi todos los días, disfrazando de obligaciones la pereza de volver a la casa, yo volvía tarde de la revista o de la librería, entre ocho y nueve de la noche, y al llegar a la casa —piso ajedrezado de baldosas rojizas— encontraba a María, mi ángel, asomada a la ventana. Me recibía con su sonrisa beatífica, con su silencio angélico, con sus largas batas blancas de querube, con su ensortijada melena celestial, su mirada seráfica y esas cejas negrísimas que enmarcaban los ojos fijos y profundos como en un cuadro prerrafaelista. Al llegar la veía parada en la ventana, como enmarcada en ella, esperándome, tal vez, o extasiada en la película muda de la calle, qué sé yo, su frente bañada de oro con la luz cenital de los bombillos, y al verme en la acera me enviaba una sonrisa de arcángel detrás de los cristales, un tímido gesto de saludo con la mano, cerraba las cortinas y corría a abrirme la puerta, a ofrecerme cerveza, jugo de alguna fruta, y a darme la comida. Me quería, María me quería. Yo también la quería, pero menos. Querer menos es peor que querer más. Uno no solo se aburre, sino que se siente mal, muy mal, y se atormenta por dentro con reproches incesantes.

Entraba acalorado detrás de su perfume, una estela de flores, con el mal genio de volver a una casa sin sorpresas, sin angustias, sin encanto, lamentándome siempre por los malos artículos o por las malas ventas, casi nunca extasiado por la compra de una edición muy rara o por la lectura de un ensayo exaltante sobre los genes, sobre Joseph Beuys o sobre Raymond Carver. María nunca me contradecía y nunca se quejaba. A cualquier opinión o protesta de mi parte, solamente emitía interjecciones de asentimiento: sí, ejem, ajá, pse... La serena

La serena mansedumbre de María, sus candorosas frases o preguntas las pocas veces que hablaba, su olor floral, su sonrisa perpetua, la imposibilidad de tener con ella la menor discusión o el menor desacuerdo, en vez de sosegarme, me daban una culpa inmensa que a su vez redoblaba mi mal genio.

mansedumbre de María, sus candorosas frases o preguntas las pocas veces que hablaba, su olor floral, su sonrisa perpetua, la imposibilidad de tener con ella la menor discusión o el menor desacuerdo, en vez de sosegarme, me daban una culpa inmensa que a su vez redoblaba mi mal genio, y a sus pocas palabras yo contestaba con gruñidos caninos, con silencios furiosos de rabia contenida, o peor, con algún desplante malintencionado o cualquier alusión luciferina. Avaro con mis pensamientos, amarrado en mis sentimientos, no le decía nada, y el silencio crecía como un desierto alrededor de los dos. No podía lamentarme de su modo de ser, porque ella era perfecta, y pese a mis esfuerzos por pelear, antes de discutir María prefería refugiarse en la cocina, a hacer sus sempiternas mermeladas de uchucas, o en el cuarto de los niños, a cantarles canciones, a leerles amenas historias infantiles, a prevenirlos contra la maldad con cuentos de brujas malas, o en el aplanchadero, a dejar impecable la ropa por planchar.

Algunas noches los niños, cuando yo llegaba, no se habían dormido todavía, y en un primer momento yo me sentía feliz de verlos y abrazarlos, pero venían los gritos, el desorden, el normal alboroto de todos los pequeños, la polvareda que se levantaba de sus juguetes regados por el suelo, mis estornudos, mi tos asmática agravada por los ácaros y hongos acumulados en el trabajo con los libros viejos. Me tomaba una pastilla antialérgica, me echaba en bronquios y pulmones una buena dosis de inhalador, para respirar mejor (volver a la casa me daba asma, asfixia, ahogo) y no de muy buena gana les leía un cuento, o armábamos un precipitado rompecabezas con gansos, cerdos, vacas, hasta que se dormían y yo me iba a la cama, entre las sábanas blancas que olían a lavanda, con María envuelta en su túnica nívea con mariposas bordadas, tan pura y angelical que no me daban ganas de tocarla. Yo prendía la luz de la mesita de noche y sin hablarle nada, sin abrir mi alma sucia y sin mostrarle mi corazón infiel, le daba un pico breve en la mejilla, más corto que el chasquido mismo del beso, y me ponía a leer alguna novela gorda y angustiada de la Europa central. Intensos melodramas intelectuales de hombres y mujeres insatisfechos, todos en contra del amor burgués, sedientos de opulencia o de miseria, con críticas feroces a la familia tradicional, con complicados tríos, cuartetos, incestos, adulterios, venganzas, dibujos de Kokoshka y música de Schoenberg. Yo quería, en lugar de mi vida sosa y sosegada, en cambio de mi cielo inmediato y a la mano, un drama expresionista de Viena o de Berlín.

Dormía sin sueños mis ocho o al menos siete horas reglamentarias, y al despertarme ya María estaba canturreando en la cocina, canciones infantiles para que los niños no perturbaran mi sueño, el sueño del señor, despachándoles el desayuno antes de llevarlos al kínder camino de su escuela de niños subnormales, preparándome un jugo de naranja, el pan integral con mantequilla y mermelada que tanto me gustaban, el café doble manchado con leche tibia

que me despejaba las telarañas nocturnas. Rosalinda aparecía más tarde, a eso de las ocho, porque no nos gustaba hacerla madrugar; no éramos esclavistas suramericanos, la experiencia italiana nos había hecho apreciar las enormes ventajas de la ayuda doméstica a cambio de un pequeño salario que apenas si le daba a la muchacha para sobrevivir. Yo comía en silencio, en silencio abrazaba a los niños que combatían mi silencio con gritos, y en silencio me iba a coger el bus que me llevara a la revista o a la librería.

En el bus hacía un censo de todas las mujeres. En esos días cualquier mujer habría sido mejor compañía que María, para mí. Quería acostarme con cualquiera, menos con ella. Si oía una costeña soñaba con un poco de sal y agua de mar; si oía una bogotana añoraba el aire fresco del altiplano, el sabor de las guascas y el olor del cilantro; si oía una caleña me parecía que todo era caña dulce en mi boca y salsa en mis oídos. Quería salir del largo aislamiento en este valle estrecho de la cordillera tropical. Todo me parecía monótono en Medellín: el clima, la gente, los bambucos, la esposa, el verdor infinito, la lluvia, las montañas. Siempre todo tan idéntico a sí mismo. Había que invocar algo, así fuera una tragedia, una catástrofe, para esquivar el tedio. Tenía una teoría sobre la violencia en mi ciudad; sostenía que aquí la gente se enfurecía y mataba por aburrimiento, por evadir el tedio de la vida. Yo era infiel e inconstante por el mismo motivo: es increíble que aburra el paraíso, pero es así. Demasiada música celestial, demasiada tibieza en el clima perfecto, demasiados angelitos, los niños muy formales y muy buenos (ejemplares ideales del manual de buena crianza del doctor Spock), demasiada dulzura y serenidad. Yo era tan inmaduro que no sabía reconocer la felicidad, tan poeta maldito que detestaba la tranquilidad. En todo caso vivía mi insatisfacción con otra insatisfacción, pues sentía una culpa sin límites por no hallarme a gusto en mi paraíso portátil, en mi edén personal, en ese cielo familiar que para mí era un limbo, sin dolor y sin dicha, sin asco ni placer.

“No invoques la tragedia”, me decía, sensato, un amigo de infancia. Una vez, al volver a la casa por la noche, por esos mismos meses o años de tedio conyugal, María no estaba en la ventana, esperando mi llegada, ni me abrieron la puerta cuando yo timbré, así que tuve que entrar con las llaves que casi nunca usaba, extrañado por tanto silencio en una casa con las luces prendidas. Fui al cuarto de los niños y al habitual desorden se había unido un reguero de huevitos de chocolate por el suelo. Desorden sin alboroto, desorden silencioso, como ese miedo mudo que sobreviene después de algún temblor. Rosalinda no estaba en la cocina tampoco y yo busqué inútilmente una nota de explicación, algún mensaje, un indicio que pudiera aclarar esa casa vacía y viva al mismo tiempo, como si hubiera sido abandonada precipitadamente por algún cataclismo.

Yo caminaba por todas partes, husmeando algún motivo, cuando sonó el teléfono y era mi suegra que sollozaba y gritaba Pedro, Pedro, Pedrito... y nada más. Más tarde supe que mi suegra les había llevado a mis hijos una caja de chocolates importados. Eran los mismos que yo había visto regados por el suelo del cuarto. Tenían tamaño y forma de huevitos de codorniz, eran chilenos, marca Vizio (no he podido olvidarlo), y consistían en una almendra tostada envuelta en chocolate. Tanto Pedro como Miguel habían estado comiéndose



varios por la noche, de postre merecido por lo juiciosos que se habían tomado la sopa de la comida, poco antes de que yo llegara. Estaban solos en el cuarto, pero Pedro, de un momento a otro, se atragantó con uno de los huevitos, que se le fue entero y se le quedó bloqueado en la garganta. El niño había llegado solo a la cocina, corriendo, sin poder siquiera gritar, buscando a María que no entendía lo que le pasaba hasta que vio que no podía hablar ni respirar. Ella empezó a darle palmadas en la espalda y Rosalinda le metía los dedos en la boca buscando lo que no le dejaba pasar el aire. Nada lo liberaba y hasta le sangraban las comisuras de los labios, desgarrados por la brusquedad del intento de Rosalinda por salvarlo, pero de nada servía y al fin Pedrito se había desmadejado, fue perdiendo el color, haciendo un ruido raro en la laringe, y movimientos espasmódicos en el abdomen. Todos gritaban en la casa, Miguel daba alaridos de miedo sin saber qué pasaba, y María corrió a la calle con Pedro entre los brazos, pero no pasaban taxis, ni carros ni nada, y entró de nuevo a llamar a su madre, que vivía cerca y tenía carro, pero el número estaba ocupado, y entonces Rosalinda se fue hasta la avenida Jardín y se plantó en la mitad de la calle con los brazos abiertos y obligó varios carros a parar, pero no le creían y menos a una negra que gritaba como loca, hasta que al fin una señora se compadeció y montaron al niño en la silla de atrás, con María, Rosalinda, Miguel y Pedrito exánime. Se lo habían llevado a la clínica San Joaquín, que no tenía fama de ser buena, ni mucho menos.

Eso era todo lo que sabía mi suegra que se limitaba a gritar Pedro, Pedro, Pedrito, se asfixió con un huevo, con los huevitos que yo le regalé, maldita sea, y yo debía empezar a hacer las cuentas de mi vida con un niño muerto. En un instante pasé del tedio al dolor y caí de la noche a las tinieblas; la tragedia es mil veces peor que la abulia. Sentí un pesar inmenso y lloré por María, por Pedrito, por mí, y mientras corría a la clínica cambié mi aburrimiento por desesperación. Al llegar supe que una enfermera gorda, al llegar Pedro, había sabido hacerle la maniobra de Heimlich y lo había salvado en el último minuto. No parecía haber secuelas neurológicas, y el niño y yo lloramos como dos resucitados, cuando me abalancé sobre su cuerpo en la camilla blanca.

La resurrección es el colmo de la alegría, porque la felicidad no es otra cosa que un contraste, la tragedia que se reemplaza por el milagro.

Pocas semanas después la vida había regresado a la normalidad: la catástrofe evitada había desterrado solo por un tiempo a la monotonía. ¿Solo la muerte inminente enseña la alegría de la vida dulce? Yo no sé. Hasta el sexo había mejorado con María un par de meses, pero poco a poco la insatisfacción iba instalándose otra vez en mi pecho, sin que me diera cuenta, sin poderlo evitar, como una enfermedad crónica que cede y que regresa.

Volví a la inercia del trabajo diario, sin ningún deseo de conversar con nadie, sin ganas de vender o de comprar, sin ánimos de leer o publicar. Por el miedo a la muerte de Pedrito, y por creer que su accidente había sido un aviso del destino, una admonición por mi vida pecadora, había dejado de tener la fantasía de acostarme con otras, llevaba la mirada baja en las calles y en los buses, una depresión honda, un hueco negro, una culpa sin límites por mi vida anterior y por la casi muerte de Pedrito y por la pena interior.

Como en mi aburrimiento conyugal yo había invocado aunque fuera una desgracia para salir del tedio de mi vida, me sentía culpable del accidente de Pedro. Además, si no hubiera llegado tarde a la casa, no por necesidad sino por apatía, yo habría podido salvarlo porque había hecho un curso de primeros auxilios y sabía muy bien las técnicas para liberar a alguien que se atraganta, clavando los dedos de las dos manos con unos golpes secos entre la división de las costillas, debajo del esternón, o en último caso incluso con una traqueostomía rudimentaria (una incisión profunda debajo de la manzana de adán, el tubo de un bolígrafo) que al menos diera tiempo de llegar hasta la sala de urgencias. Pero por mi manía de no estar en la casa el niño había muerto, bueno, casi, sin que ni yo ni nadie pudiera socorrerlo. Pedro se había sofocado porque yo me asfixiaba, pero yo bien habría podido soportar mi ahogo matrimonial, así fuera tan solo para salvarlo a él.

A esta culpa se unía el secreto de otro pecado mío, por lo que yo empecé a sentir que la casi muerte del niño era una especie de castigo divino por mis malas acciones. María tampoco se sentía menos culpable porque esa misma noche de la desgracia, cuando corrí como un loco hasta el hospital, yo le había gritado que era un animal, una bruta, una bestia, que cómo era posible que una maestra no supiera las técnicas más elementales para salvar un niño que se ahoga, y ella me había dado la razón, asintiendo en silencio, y se había hundido todavía más en un sentimiento de inutilidad, de tristeza y de miedo. Los dos estábamos, pues, convencidos de nuestras culpas, ella por no haber sabido salvar a su hijo y yo, no solamente por no haber estado presente en la casa, a una hora en que nadie me necesitaba en la revista, sino por ese secreto vicio y pecado de la carne al que yo le atribuía las más seguras maldiciones del cielo.

Mi pecado consistía en que, por aquella misma época, como yo era tan joven todavía, y estaba tan aburrido en la vida marital, cada vez que el deseo amorfo por todas las mujeres se hacía irresistible, cuando mirarlas ya no era suficiente y mi timidez era incapaz de seducirlas, calmaba mi lujuria yendo a una sala de masajes que había por la calle Bomboná. Era un vicio infrecuente y casi inofensivo. No era siquiera que yo quisiera hundirme en placeres prohibidos, como quien se vuelve adicto a las drogas o se emborracha hasta caer al suelo, sino que más bien quería salir de ese instinto oprimente, de esas ganas sin freno de sexo, de esas insoportables erecciones que me acometían en cualquier momento. Quería librarme de eso, relajarme, y ponerme a pensar en cosas serias, la revista, los libros, los ensayos y cuentos por corregir, el tedio familiar, en lugar de perder la capacidad de trabajo y raciocinio a causa de las constantes imágenes eróticas que se le ocurrían, solas y desbocadas, a mi mente. Porque cuando la tensión era mucha, la urgencia no me dejaba concentrar en nada, trabajaba muy mal en la revista, no escribía ni un verso de mis poemas inconclusos, y no vendía ni compraba un solo libro interesante en la librería de usados que no me daba ni siquiera para los gastos fijos.

Por eso iba a la sala de masajes y allá me desnudaba, me echaba boca abajo sobre las sábanas blancas de la camilla, y una mulata grande y fuerte, de sonrisa

Pedro se había sofocado porque yo me asfixiaba,
pero yo bien habría podido soportar mi ahogo matrimonial,
así fuera tan solo para salvarlo a él.

radiante y risa fácil, entraba vestida de blanco de pies a cabeza, inmaculada, como una enfermera, y ponía una música sedante, “música de meditación”, decía ella, mientras abría unos frasquitos de aceite que tenían un olor acre y barato (como a eucalipto rancio), que a mí no me molestaba, y comenzaba a masajearme por todas partes, empezando por los pies, dedo tras dedo, planta empeine talones, y como yo era tan joven, y no venía a otra cosa que a sentir que me hacían una paja en todo el cuerpo, antes de que llegara a los tobillos ya tenía una insostenible erección escondida debajo de las nalgas. Ella subía despacio por mis pantorrillas, por los muslos, haciendo giros, presiones, pellizcos, torceduras, dando palmadas y caricias con sus manos benditas, y yo sentía que mis músculos se relajaban, todos los músculos menos los del pene, que se llenaba de sangre más y más. Después llegaba a los glúteos y la mulata se detenía ahí un rato, con las manos llenas de aceite, y embadurnaba las nalgas y me las masajeaba con una mezcla exacta de fortaleza y suavidad, al tiempo que mi respiración se agitaba, intermitente y honda, como si estuviera subiendo una montaña, y mi pelvis empezaba a moverse, sin que la voluntad lo mandara, sin que la voluntad lo pudiera impedir. Cuando sus manos dejaban las nalgas y subían por la espalda, dándole alegría y descanso a cada una de mis vértebras, un dolor placentero a los dorsales y un placer doloroso a los omóplatos, la erección se calmaba un poco, la respiración se serenaba, la pelvis se aquietaba, y yo disfrutaba solamente del masaje por un rato, pero cuando sus manos llegaban a la nuca y al cuero cabelludo, ella inclinaba un poco su cuerpo sobre mi cuerpo, y yo sentía el viento de su risa suave en mi pelo, en mi cuello, y el vaho de su aliento en mis mejillas, y el roce de su seno sobre mi espalda, y mi mano izquierda se apoyaba sobre el borde de la camilla, y sobre el borde de mi mano se apoyaba el pubis de la mulata, de la mulata alegre y joven y bonita, y allí, como por casualidad, como por distracción, sobre mi mano, hacía presión, y aunque yo no movía los dedos, o apenas los movía, ella masajeaba el dorso de mi mano con su pubis, y la erección volvía a encenderse, airosa, hasta que ella me decía, “voltéese” y yo me daba la vuelta, con la pasividad del cuerpo interrumpida por la arrogancia dura y oscilante en la raíz de las piernas, que ella fingía no notar porque empezaba otra vez el masaje por los pies, las pantorrillas, los muslos, y se iba acercando a la zona tórrida lentamente, como sin querer queriendo llegar al ecuador, centímetro a centímetro, primero a la parte interior de las piernas, luego a la horcajadura, después a mis testículos, rozándolos apenas, hasta que no sé bien en qué momento, su pubis blando y rítmico volvía a apoyarse sobre mi mano (ahora la derecha), otra vez en el borde de la camilla, y poco después su mano untada de aceite agarraba mi pene, y con unos cuantos movimientos mágicos, cinco, diez, qué sé yo, con unas presiones y suavidades

y deslizamientos que solo ella sabía hacer, yo me venía con descargas eléctricas que iban desde los dedos de los pies hasta la coronilla, subiendo por toda la espina dorsal, los ojos viendo estrellas, la conciencia perdida en convulsiones epilépticas, en golpes blancos que me llegaban hasta el pecho, palpitantes, espesos, y ella soltaba una risa que se superponía por un instante a la “música de meditación”, y sacaba de no sé dónde un poco de papel de cocina, para limpiarme, y yo quedaba como muerto, después de los orgasmos más intensos y luminosos que he tenido en la vida, completamente relajado, liberado de mí mismo, de buenos o de malos pensamientos, mientras ella terminaba el masaje, ahora muy suave, casi imperceptible, subiendo por el abdomen, quedándose en el pecho, luego en los brazos y las manos, para culminarlo al fin dibujándome el rostro con los dedos, muy despacio, hasta dejarme dormido, olvidado del mundo, e incluso, puedo decirlo, creo, feliz, porque después de esos coitos incompletos pero casi perfectos, meses o semanas antes de que Pedrito casi se muriera, creo que fui feliz o por lo menos ya no era infeliz.

Pero el recuerdo de esta felicidad, o al menos de este desahogo, tras el accidente de mi niño, me parecía el signo de mi culpa, el vicio privado que había atraído sobre mi familia la desgracia. Yo no hablaba con María de esto —ni de casi nada en realidad— porque después de la casi muerte de Pedrito ella cayó en una especie de depresión profunda y se volvió aún más muda que de costumbre, la sonrisa perpetua borrada para siempre de su rostro, y pasaba las noches en vela oyendo casetes donde estaba grabada la voz de Pedro, o viendo fotos viejas, o estudiando manuales de primeros auxilios para que nunca más le volviera a pasar que no pudiera salvar a un niño por algo tan fácil de solucionar como un huevo de chocolate atorado en la garganta. ■



Héctor Abad Faciolince (Colombia)

Escritor, traductor y periodista. Ha recibido el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar en la categoría columna de opinión (1998 y 2006), el Primer Premio Casa de América de Narrativa Innovadora (2000) y el premio a Mejor Novela Extranjera del Año en China (2004). Fue director de la *Revista Universidad de Antioquia* entre 1993 y 1997. Actualmente es columnista y asesor editorial del diario *El Espectador*. Ha publicado, entre otros, *Oriente empieza en El Cairo* (2001), *Angosta* (2003), *El olvido que seremos* (2006) y *La oculta* (2014).